

## PLAZA PUBLICA

Garibay, orador sagrado

■ Sermón en la Río Blanco

Miguel Angel Granados Chapa

“Los pobres, sin Cristo, forman una masa estorbosa y muy irritante, en la que se justifican prédicas políticas tramposas, prédicas origen de riquezas intolerables. Y Cristo, sin sus pobres, es absolutamente inoperante, y hay que atreverse a decirlo, hasta innecesario; invocarlos sin sus pobres es un acto de hipocresía muy profunda”.

Quien pronunciaba este insólito alegato teológico era el padre Juan Francisco Hilarión Velázquez Trujillo, zacatecano, graduado en Salamanca y el Pío Latino de Roma, disidente en su clero, relegado por ello a colonias proletarias, como la Río Blanco en el norte de la ciudad de México. Su retrato figura en la vasta galería de personajes que, entre otras muchas cosas, es el libro de Ricardo Garibay, *Cómo se gana la vida*. Al escritor hidalguense y a otros abogados (pues Garibay pretendió serlo y hasta vivir de ese oficio), el padre Velázquez convidaba a comer en el Centro Vasco, de Madero, en los altos del Sanborns de los Azulejos. Proponía, entre libaciones de Anís de las Cadenas y de vino rojo Marqués del Riscal, cuestiones teológicas cuya solución se diluía en risas. Pero era también un conocedor de la naturaleza humana, y no tardó en percibir dolencias en el espíritu, y en la economía, de Garibay. De modo que le ofreció:

“Diga el sermón del rosario, todas las tardes, a las seis. Le puedo dar diez pesos por cada sermón.

-¿Dónde, padre?

-Estoy en la Río Blanco. Gente pobre, gente buena.

-Comienzo desde hoy.

-Mañana, con calma; le adelanto lo del primer sermón.

Yo vivía en la 20 de Noviembre, en un cuarto al fondo de un patio de tierra, que nos daban los padres de mi esposa. Ya había tres hijas. El camión San Pedro de los Pinos, que llegaba a La Villa, me dejaba en la Río Blanco, barrio enorme y pesado si los hubo. Me puse saco y corbata y puse cara de bienaventurado. El templo era un jacalón de cuya armazón de madera colgaban cientos y cientos de ceras con moños blancos. El púlpito era un taburete con atril. Fuera del templo se alzaba una garrocha con poderosos magnavoces.

-Leñe -pensé- me van a oír en las calles.

Era el día de San Juan. No averigüé qué San Juan; me servían la cosa en charola de plata, como es de uso decir. Me había cargado con las *Obras completas* del De la Cruz. Arranqué:

-En una noche oscura/ con ansias en amores inflamada...

Treinta o cuarenta viejas humildísimas empezaron a persinarse; yo seguí con el poema. Las viejas me miraban, me miraban, se persinaban otra vez. Terminé; las viejas suspiraron.

-Vamos a tratar de entender qué es esto de la *noche oscura* -dije-. *La noche oscura del alma*...

Las viejas respiraban con fuerza; salieron aturdidas. Algunas me besaron la mano.

-Tal vez algo menos elevado, licenciado -dijo el padre Velázquez.

-Como qué, padre.

-Un catecismo popular, elemental, que lo puedan hacer valer en sus problemas de todos los días.

-Pero no conozco sus problemas, padre.

Como para sí, como reflexión y de pasada, dijo el padre:

-Son más o menos los que usted padece...”

La experiencia terminó pronto, y mal. Pero antes de concluirla, Ricardo Garibay recuerda que a su tocayo, don Angel María, le ocurrió algo parecido:

“Que joven lo enviaron a Otumba o por allí, y el templo era una ruina colonial y él tenía una celda de piedra con ventanuco por donde lo espían las viejas. Y despachaba aprisa sus deberes y se encerraba en la celda, y las viejas no pararon hasta el obispo: De que si Su Ilustrísima les hacía la caridad de cambiarles de padre, de que porque el que estaba estaba tierno y no había acabado de estudiar y se la pasaba leyendo y ni quien lo entendiera”.

“Reíamos a carcajadas -continúa Garibay-. Me dio los diez pesos del día. Pasé a comprar chilorio y pan Bimbo”.

Y sucedió que movieron al padre Velázquez a la colonia Aguilera, lejos, a un costado del monumento a La Raza. Colonia nueva y brutal.

-Aquí no puede echar sermones, licenciado. Todavía no conozco a la gente, y ya me prohibieron los magnavoces. Y que usted no está ordenado ni tiene que ver con la Iglesia, que es comunista, dicen. Entiéndalos y perdónelos. O perdónelos nada más. Recuerde que bajo las capas blancas, las capas verdes, las capas negras y bajo las capas moradas se esconden la gente más ingrata del mundo.

-Tienen -dije- por eso no lloran/ de plomo las calaveras...

-¿Cómo dijo?

-Nada, padre, olvídalo.

Se fue con sus velos y moños, su taburete y su atril. Y me dijo: Pero ya encontraremos qué. No se me entristezca.

Y años después sucedieron dos hechos extraordinarios. Murió mi padre. Y el padre Velázquez no sabía dónde estaba eso, nunca había ido a esa casa. Rezábamos. Y de pronto el padre Velázquez subía los escalones de la terraza, entraba en la recámara donde aquél estaba tendido, se ponía su estola y alzaba los brazos orando y bendecía con lentitud el cuerpo. Luego salió a la terraza y sonriendo dijo:

-Ya dejen de rezar. ¿Tienen una tacita de café?

Y un año después moría mi madre, a las nueve y diez de la noche. Aquello era de veras desgarrarse. Nunca algo tan terrible no tuvo remedio. Y de pronto el padre Velázquez subía la escalera, entraba en la recámara. Altísimo se veía, los brazos alzados, y luego orando la cabeza abatida. Y bendijo monumentalmente a mi madre, al rostro absolutamente severo y blanco”.

## Cajón de Sastre

Pasado mañana, Domingo de Resurrección, no aparecerá la *Plaza Dominical*. Sí, el lunes 12, la *Pública*.